

“La memoria del Holocausto y el genocidio en Gaza” Prof. Amos Goldberg, Universidad Hebrea, 30.7.2025

Introducción

Buenas noches, y bienvenidas de nuevo a *Ojos sobre Gaza*, nuestro encuentro diario que combina protesta y aprendizaje. Antes de la conferencia de hoy, quiero dirigir nuestra atención a Cisjordania. Allí, un colono llamado Yinon Levi asesinó al maestro y activista por la paz Awdah Hathaleen, del pueblo de Umm al-Khair. Más tarde, Levi regresó al lugar para ordenar al ejército que arrestara a la familia de la víctima. Las fuerzas armadas no solo llevaron a cabo las detenciones, sino que fueron más allá y al día siguiente dismantelaron la carpa de duelo que se había levantado en su memoria. Quienes han seguido nuestras conferencias —especialmente la intervención de Meron Rapoport el 8 de julio— quizá no se sorprendan, aunque espero que si se sigan horrorizando al saber que este mismo colono, Yinon Levi, trabaja como subcontratista del ejército israelí en las demoliciones de viviendas en Gaza.

A partir de la próxima semana, nuestras conferencias comenzarán también a incluir sesiones dedicadas a Cisjordania y a los palestinos dentro de las fronteras de 1948, reconociendo que estas luchas están interconectadas. Pero hoy tenemos el honor de recibir al profesor Amos Goldberg, de la Universidad Hebrea, uno de los principales especialistas en el Holocausto y el genocidio, quien hablará sobre la memoria del Holocausto y el genocidio en Gaza. Su intervención durará unos ocho o nueve minutos, tras lo cual dejaremos tiempo para el debate. Les recuerdo que pueden enviar sus preguntas por escrito en el chat, y yo se las leeré a Amos. Amos, muchas gracias por acompañarnos. Tienes la palabra.

Conferencia

Muchas gracias. Voy a intentar dar un breve repaso histórico de cómo hemos llegado hasta este punto. Durante años se ha repetido —a mi juicio, una pregunta necia—: ¿qué pasará con la memoria del Holocausto cuando muera el último de los supervivientes?, como si la memoria dependiera únicamente de testigos. Como si los judíos no recordaran la destrucción del Templo, los cristianos la crucifixión de Jesús, o como si otros pueblos no mantuvieran viva la memoria de sus propias catástrofes sin la presencia de testigos directos.

La verdadera pregunta que tendríamos que habernos hecho era otra: ¿qué consecuencias políticas tendría la desaparición de la generación que vivió en carne propia los horrores de la Segunda Guerra Mundial, la bomba atómica, el nazismo y el Holocausto? Tendríamos que haber planteado esa pregunta y prepararnos en consecuencia, porque aquella generación, para la que la memoria seguía viva, comprendió que los sistemas políticos, jurídicos y culturales —tanto a nivel nacional como internacional— debían contener, de algún modo, los impulsos y las ideologías nacionalistas y de otro tipo que podían conducir a semejantes catástrofes.

Y ahora que esa memoria ya no es una memoria viva, las fuerzas de la oscuridad vuelven a irrumpir. Y lo más estremecedor es que, en lugar de frenarlas, la memoria del Holocausto hoy las permite, e incluso quizá las aliente, y lo vemos aquí mismo, en la destrucción de Gaza, y en general en la Nakba en curso contra el pueblo palestino.

La primera asociación para la mayoría de los israelíes, y ciertamente para los supervivientes de la masacre del siete de octubre, como aquellos que estuvieron encerrados en refugios [mamad] durante un día o más sin poder emitir un sonido, fue, por supuesto, el Holocausto. Pero estas analogías auténticas, que surgieron genuinamente del universo de la memoria judía moderna, se transformaron rápidamente en un vil capital político, diseñado a amplificar el miedo y la ansiedad, que ya estaban en su punto máximo, y para justificar la terrible violencia genocida desencadenada contra la Franja de Gaza.

La frase repetida una y otra vez, “el día más mortífero para los judíos desde el Holocausto”, puede ser correcta desde el punto de vista factual, pero establece una analogía falsa, como si hubiera una continuidad entre el Holocausto y el 7 de octubre, como si el equilibrio de fuerzas entre los judíos en Europa y la Alemania nazi fuera comparable al que existe entre Israel, con uno de los ejércitos más poderosos del mundo, y Hamás en la pequeña y empobrecida Gaza sitiada. Esa frase sugiere que el motivo es el mismo —una ideología antisemita asesina y racista—, cuando en realidad oculta los factores políticos que llevaron a Hamás a perpetrar su ataque criminal e imperdonable.

Esta distorsión fue repetida por líderes israelíes que, mientras llamaban a la destrucción de Gaza, etiquetaban a Hamás, a los palestinos de Cisjordania y, a veces, a todos los palestinos como nazis, presentando la guerra como una lucha entre la luz y la oscuridad, como si fuera la batalla de los Aliados contra la Alemania nazi. Estos mensajes también fueron repetidos por líderes occidentales, incluido el entonces presidente de Estados Unidos, Joe Biden. Quizá la manifestación más grotesca de victimización se dio cuando la delegación israelí ante la ONU, el 30 de octubre, apareció en la sesión del Consejo de Seguridad con la estrella amarilla en la solapa, mientras Israel bombardeaba Gaza con una ferocidad y un ritmo sin precedentes en el siglo XXI, en lo que se convirtió en el mes más letal para niños en este siglo. La deshumanización de los palestinos al equiparlos con nazis eliminó prácticamente todo freno: contra los nazis, con el argumento de prevenir un “segundo Holocausto”, todo medio y toda violencia se consideran legítimos.

Ahora quiero dar un paso atrás. Desde sus inicios, el recuerdo del Holocausto en Occidente —que se volvió muy dominante en Europa, Estados Unidos y mucho más allá a partir de los años 80 y 90— se alimentó de dos sentimientos distintos. El primero podría llamarse un sentimiento democrático u orientado a los derechos humanos: recordamos el Holocausto para fortalecer los regímenes de derechos humanos, los valores democráticos y la lucha contra el racismo. El mensaje era: recordemos lo que sucedió cuando estos valores colapsaron, y defendámoslos activamente. El segundo sentimiento era la empatía hacia los judíos como las víctimas principales del nazismo, y su construcción como el “Otro” absoluto de Europa a lo largo de generaciones. Ambos sentimientos cargaron al recuerdo del Holocausto y a su estudio con una inmensa energía moral, otorgándoles significado y peso especiales.

Pero desde el principio existió una tensión: el primer sentimiento es universal, el segundo es muy particular. Esta tensión se vuelve especialmente visible en relación con Israel: por un lado, dentro del contexto del Holocausto, Israel aparece como el Estado judío, la respuesta justa y definitiva al Holocausto y a milenios de antisemitismo. Por otro lado, cada vez se reconoce más a Israel como un país que viola gravemente los derechos humanos y cuya calidad democrática está cada vez más en duda. En la década de 1990, cuando se estaban consolidando la mayoría de las instituciones y supuestos fundamentales del campo de la memoria del Holocausto y de los estudios sobre el Holocausto, Israel era percibida —durante los años de Oslo— como un país que buscaba la paz. Esa contradicción era tolerable en ese entonces.

La ruptura se produjo a principios de los años 2000, durante la Segunda Intifada, en la Conferencia Mundial de la ONU contra el Racismo en Durban, Sudáfrica, en septiembre de 2001. Allí, Israel no fue discutida dentro del discurso de la memoria del Holocausto, sino dentro del discurso postcolonial emergente de esos años, que la criticaba como un estado colonial o, en términos de ejemplo, de colonialismo de asentamiento. En el paralelo Foro de ONG, Israel fue etiquetada como un estado de apartheid, acusada de limpieza étnica e incluso de genocidio, y se hicieron llamados a imponer sanciones. La respuesta de Israel a estas tendencias fue reforzar la globalización de la memoria del Holocausto. Así, en 2005, por iniciativa de Israel, la ONU designó el 27 de enero —día de liberación de Auschwitz por la Unión Soviética— como el Día Internacional de Conmemoración del Holocausto. Según Ron Adam, delegado de Israel ante la ONU en ese momento y arquitecto de la decisión, el objetivo explícito era ofrecer una alternativa al relato palestino, que según la percepción de Israel, dominaba las instituciones de la ONU.

Al mismo tiempo, Israel hizo un gran esfuerzo por redefinir toda crítica severa hacia sus políticas y hacia el sionismo mismo como antisemitismo. Estos esfuerzos alcanzaron su punto máximo en 2016, cuando la International Holocaust Remembrance Alliance (IHRA) —un organismo formado por 35 miembros, casi todos occidentales— adoptó una definición de antisemitismo que prácticamente todos los gobiernos occidentales aceptaron. En la práctica, esta definición equipara la crítica a Israel y al sionismo con antisemitismo. Su influencia ha sido enorme, regulando todo el discurso público en Occidente. Hoy en día, sirve como la principal herramienta para suprimir protestas contra Israel a nivel mundial y para reforzar el apoyo hacia él. En Estados Unidos, la administración Trump incluso la utilizó en su campaña contra las universidades, como parte de la deriva del país hacia un estado autocrático.

Así, los tres países en los que la memoria del Holocausto ha sido más dominante —y que han invertido grandes esfuerzos en la globalización de la conmemoración del Holocausto y de la “lucha contra el antisemitismo” (aunque no contra el antisemitismo real)—, Israel, Estados Unidos y Alemania, son precisamente los más profundamente implicados en el genocidio en Gaza: Israel como perpetrador, y Estados Unidos y Alemania como sus dos principales apoyos. No es sorprendente, por lo tanto, que ayer, 29 de julio de 2025, Brasil anunciara su retiro de la IHRA, donde contaba con estatus de observador. Quizá el ejemplo más destacado de este absurdo moral fue el discurso del secretario de Estado estadounidense Antony Blinken en 2022, pronunciado en el Museo del Holocausto de Washington, para declarar que Estados Unidos reconocía el ataque contra los rohingya en el estado de Rakhine, en Myanmar, como genocidio.

Yad Vashem también permaneció en silencio, incluso cuando se le solicitó públicamente, ya en enero de 2024, firmar una carta que condenara la retórica genocida que se estaba difundiendo en Israel. Muchas personas aquí firmaron esa carta. Yad Vashem se negó y permaneció en silencio públicamente. Y apenas hace dos días [28 de julio de 2025], su presidente, Dani Dayan, hizo unas declaraciones tan escandalosas que habría sido mejor que no dijera nada en absoluto. Al final, la memoria del Holocausto, tal como se ha institucionalizado en el mainstream israelí en Occidente, solo alimenta la legitimidad de la violencia israelí ante sus propios ojos y a los de todo el mundo, y junto con la lucha contra el antisemitismo, para nuestro pesar y vergüenza, silencia las protestas efectivas y fomenta el apoyo activo al genocidio.